

¿Más prohibiciones?

E.
MIRET
MAGDA
LENA

La Iglesia, a pesar de sus múltiples defectos, nos ha dado ejemplo suprimiendo el Índice de Libros Prohibidos. Lo mismo debe hacer el nuevo Estado que estamos iniciando abriendo todas las puertas al amplio campo de la cultura, y sin reproducir ningún tipo de Índice de Cultura Prohibida.

Las barreras que ingenuamente se quieren poner son frecuentemente ineficaces y deformadoras. Lo primero, porque el mundo actual ejerce una influencia ambiental tan poderosa que las conversaciones, imágenes, viajes y ejemplos son vehículo constante de aquello que se quería todavía angustiosamente impedir. Además, el propósito que se pretende con este control no se alcanza, sino que se consiguen otros males, que plantean nuevos problemas a la sociedad.

La psicología contemporánea ha averiguado que el efecto de las prohibiciones culturales es por lo general contraproducente. Las más variadas corrientes de la psicología actual por distintos caminos llegan a la misma conclusión. *Ischondsky*, por ejemplo, desarrolló científicamente el fenómeno de la "inducción negativa" descubierto por *Pavlov*; y por su medio hemos podido conocer las interesantes reacciones que ocurren en el mecanismo cerebral cuando ingenuamente hacemos una prohibición de carácter puramente negativo y autoritario, que siempre suele conllevar la reacción atractiva contraria inclinando nuestra psicología precisamente a aquello que se quiere evitar por un procedimiento demasiado simplista. Estos hallazgos están todavía vírgenes de aplicación por padres, educadores y gobernantes, ya que desgraciadamente lo que la ciencia descubre no se asimila inmediatamente, sino que tienen que pasar varias generaciones hasta que se aplique claramente en la política de la familia, de la escuela, o en la acción del poder público.

La inducción negativa en sí es algo muy antiguo, porque como decía nuestro *Gracián*, "si hay acción, hay repasión". El simple prohibir sin más induce a la apetencia de lo que se veda. Y el deseo inconscientemente reprimido, sin participación convencida y razonada, no hace sino crear problemas internos que pueden ser cada vez más graves. *Skinner* ha descubierto también el papel ineficaz del castigo negativo como medio de modificación de la conducta, realidad claramente ejemplificada en nuestro sistema penitencial cuyo fracaso humano es cada vez más manifiesto.

Si se trata de ideas nuestra experiencia de adolescentes nos podría certificar de lo mismo. A mí me pasó en el ambiente reli-

gioso que conocí de joven. En aquel tiempo saber directamente lo que decía el paganismo o el racionalismo parecía exponer nuestra fe a los duros ataques que creíamos venir de la desconocida incredulidad. Pero la invitación a leer estos combatidos autores, que me aconsejó entonces un confesor inteligente, afirmó mi fe personalmente sin caer en los tan temidos peligros; y los argumentos que, directa o indirectamente, aportaban este tipo de obras no me parecieron, al leerlos directamente, ni tan fuertes ni tan atractivos como cuando se los criticaba infantilmente y se los calificaba de perversos monstruos en las apologías de la religión al uso. Leer más tarde a *Sartre* o a *Marx* en sus propios textos fue un descanso para mi fe, porque no encontré nada que se opusiera a ella en su propio plano de modo tan angustioso como yo creía por los ataques obsesivos y mal razonados de los apologistas cristianos.

Un pensador tan tradicional como el padre *De Broglie*, S. J., opina por eso mismo que la libertad religiosa, que como un derecho humano básico estamos adquiriendo, entraña la libre exposición pública del ateísmo como fenómeno de la época que todos debíamos conocer sin eufemismos y directamente. Y para ello propugna cursos en la Universidad donde fuesen claramente expuestas las posturas ateas por los propios ateos, y no a través de eruditos creyentes que hablasen de ello como hemos solido hacer siempre en España. Y que los católicos tuvieran la misma oportunidad de afinar sus razones, y no conformarse con impedir la exposición directa del adversario.

En España hemos de ver pronto una época nueva en la que se hable y escriba de todo esto con naturalidad y sin cortapisas. Así el creyente tendrá que conservar su fe por convicción y no por herencia, por decisión personal y no por rutina. Y los clérigos, acostumbrados a luchar con ventaja contra sus contradictores, tendrán que salir a la palestra como uno más, sin pretender tener siempre la última palabra.

Y lo mismo se diga del sexo. Porque el gran mal es el dualismo, la oposición entre materia y espíritu identificando la realidad humana sólo con uno de sus dos términos, separando lo físico y lo psíquico en la complejidad del ser humano y de su relación con el otro, y quedándose unos solamente con lo mecánico y otros con lo psicológico. La evolución en el terreno biológico, así como la psicología en su propio campo, han demostrado que lo material y lo espiritual no son elementos separados, sino unidos en la realidad objetiva, como halló el paleontólogo católico

Teilhard de Chardin, corroborado después por la psicología, gracias sobre todo a *Freud*, quien estudiando las neurosis encontró siempre unidos al sexo afectivo y al sexo material en el hombre sano.

Curiosamente, los puritanos en un extremo y los materialistas occidentales en otro separaron ambos aspectos cayendo unos en la aguda observación de *Pascal*, "quien se hace el ángel, pronto cae en la bestialidad"; y otros canonizando la pornografía de la mujer objeto que separa inhumanamente una cara y otra de la relación sexual presentándonos un hombre empobrecido al centrar todo únicamente en el hecho mecánico sexual, sin unir a él el afecto, el psiquismo que lo hacen plenamente humano. La pornografía es algo muy distinto del desnudo o del conocimiento claro de la sexualidad: es todo aquello que mutila al hombre o a la mujer en su riqueza humana y separe engañosamente el afecto de la materialidad del placer mecánico.

Pero la auténtica pornografía no se combate principalmente con ingenuas prohibiciones. El joven normal, y hasta el niño, son naturalmente menos maliciosos que los mayores que hemos sido educados en la represión. Y hasta los espectáculos que creíamos más inconvenientes para ellos les resultan risibles y pierden con esta sana reacción su carga peligrosa, como ha descubierto la doctora *Benezet-Marty*, quien en sus encuestas juveniles encontró que los desnudos integrales de *Hair* no tenían sentido pornográfico para estos jóvenes; y en cambio la aparentemente moralizante película *Helga* era repelida por faltar en ella el sentimiento humano unido al sexo.

La pornografía se evita sobre todo con una ilustración sexual más a fondo y más completa, que debían proporcionar las familias, las Iglesias, las escuelas y los medios de comunicación social. Así es como fácilmente podemos hacer inocuo lo que es negativo cuando está presentado parcialmente al separar u olvidar toda su realidad humana. La simple prohibición autoritaria no tiene una función educativa por sí misma y frecuentemente hace que resulte más atractivamente malicioso lo que suele pasar entonces a ser objeto del mercado negro.

Más conocimientos claros, completos y asequibles para saber toda la realidad de la vida; y menos confianza en negativas prohibiciones es lo que debe pretender una política cultural. ■